

El Unamuno más visceral

EPISTOLARIO

CÉSAR COCA



Lo que ahí es menester esclarecer no son doctrinas, no hay que discutir ni la libertad, ni la constitucionalidad, ni la dictadura, ni siquiera la tiranía; lo que es menester esclarecer ahí son actos concretos, son crímenes (...) estafas, robos, cohechos, multas escandalosas, prevaricaciones, todo el trágico cortejo de atrocidades que ha traído la llamada dictadura, que no es sino pornocracia y cleptocracia». Quien se expresa de esa manera tan rotunda es Miguel de Unamuno, y lo hace en una carta enviada el 5 de noviembre de 1928 a Pedro Sáinz Rodríguez, entonces joven catedrático de la Universidad Central de Madrid. En esa misiva, como en tantas otras escritas durante sus seis años de destierro primero y exilio voluntario después, aparece un Unamuno furibundo, radical, siempre con un argumento en la mano pero mucho más visceral que en los textos dados a la imprenta. Colette y Jean-Claude Rabaté, que hace años ya publicaron una biografía del escritor bilbaíno, han recopilado más de trescientas epístolas enviadas por él durante la larga ausencia ('Cartas del destierro', Ediciones Universidad de Salamanca). Unos documentos que permiten afinar el retrato de uno de los intelectuales más brillantes y polémicos del siglo XX.

El destierro de Unamuno a Fuerteventura fue la culminación de una larga serie de enfrentamientos con el rey Alfonso XIII y sus gobiernos. Enfrentamientos que llegaron a su máxima tensión cuando el general Primo de Rivera asumió el poder en septiembre de 1923, como consecuencia de un golpe de Estado y con la aquiescencia del Rey. Antes ya había sido condenado a una pena de cárcel —que no llegó a cumplir—

por injurias al monarca. El nuevo Gobierno tenía una muy escasa capacidad para encajar las críticas, y la sucesión de las mismas por parte de Unamuno le costaron su cese como vicerrector de la Universidad de Salamanca (ya había sido rector con anterioridad) y el destierro a Fuerteventura. Corría el mes de febrero de 1924 y empezaba un periodo de seis meses en el que viviría lejos de la península.

En realidad, Unamuno podía haber vuelto a Salamanca —o adonde quisiera— muy pronto, porque el 9 de julio fue indultado. Pero tras unos meses felices, como apuntan los responsables de la recopilación de las cartas, en los que descubrió el mar y sus placeres, el escritor decidió emprender el camino del exilio. Y se fue a París, una ciudad que no le gustó nada, aunque aprovechó la estancia para

trabajar por la difusión internacional de su obra. Pronto optó por un destino más próximo a su tierra: Hendaya. Allí recibía visitas con mucha frecuencia y podía estar al tanto de las últimas noticias de lo que pasaba en su país. En la pequeña ciudad fronteriza están fechadas la mayor parte de las cartas. Y allí, quizá por la proximidad, Unamuno sangra aún más por la herida.

Sus enemigos

Lo hace en las que dirige a personalidades de la política y el ámbito intelectual. Porque aunque de esas más de trescientas misivas recopiladas hay más de un tercio que se dirigen familiares y amigos, las más significativas son aquellas en las que entra en el debate político del momento. Y ahí tiene muy claros quiénes son sus enemigos, o por ser más exactos,



«Me acongoja que en cuanto uno dice la verdad le tachan de bolchevique o de comunista»

quiénes son los enemigos de España: Alfonso XIII; Primo de Rivera, quien aparecerá citado en ocasiones como El Ganso Real; y el general Severiano Martínez Anido —ministro de la Gobernación durante la mayor parte del exilio de Unamuno y más tarde titular de la misma cartera con Franco antes del final de la Guerra Civil—, también conocido por El Cerdo Epiléptico.

El 23 de octubre de 1925, poco después del desembarco de Alhucemas, escribe al hispanista Jean Cassou, que había sido su traductor y su guía en aquel París tan inhóspito para él: «Y esta guerra de Marruecos, ¿por qué? ¿para qué? (...) ¡Maldito sea el prestigio de las armas! ¡Maldito sea el hipócrita y a la vez cínico protectorado de los mercenarios del honor nacional! (...) Me gustaría hacer algo sobre la concepción pretoria-

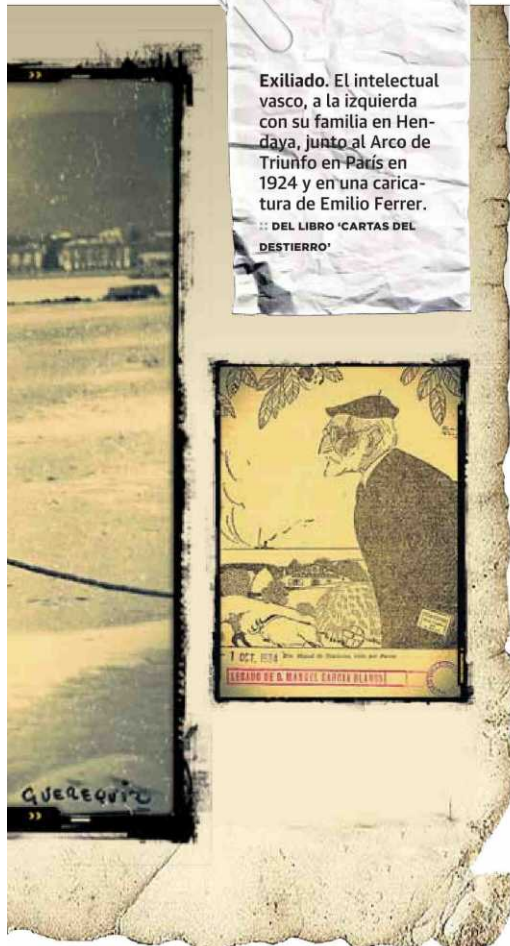
na española de la 'conquista' de Marruecos, sin violencias de lenguaje, pero claro, muy claro... ¿Dónde? Me acongoja que en cuanto uno dice la verdad le tachan de bolchevique o de comunista».

Al borde del mar, disfrutando del clima suave de Hendaya, de los paseos por la arena —«cuando me pesa demasiado nuestra España me voy a la playa a oír las olas que traen mil siglos sin historia»— y el paisaje tan familiar, Unamuno se siente rejuvenecer. En una misiva dirigida en los días previos a la Navidad de 1925 a Santiago Alba, ministro años antes y también en el destierro, lo explica, aunque es igualmente consciente de que los años no pasan en vano, y el tiempo restante no es mucho: «Pasados mis 61, me siento remozado. Lo que siento es que lo que tengo que hacer requiere más años de los que





Colette y Jean-Claude Rabaté editan las cartas escritas por el intelectual durante sus años de exilio



Exiliado. El intelectual vasco, a la izquierda con su familia en Hendaya, junto al Arco de Triunfo en París en 1924 y en una caricatura de Emilio Ferrer. DEL LIBRO 'CARTAS DEL DESTIERRO'

de hoy es un problema de justicia, dar a cada uno lo suyo, dejar que cada cual, con la libertad, se pueda forjar su alma que debe ser lo verdaderamente suyo». Por eso, insiste, sobra el Rey, que «ha resultado ser un déspota perjurio y falaz. Y sin ningún talento, que es lo peor».

Colette y Jean-Claude Rabaté han identificado más de cien corresponsales tanto españoles como extranjeros en esos seis años de alejamiento de la península. El repaso de las cartas enviadas a todos ellos permite comprobar cómo crece la indignación del escritor vasco a medida que pasan los años y la dictadura se va enfangando más y más. En noviembre de 1928 –quedan menos de quince meses para que caiga Primo de Rivera–, Unamuno escribe a Pedro Sáinz Rodríguez, que no mucho más tarde colaboraría de forma inequívoca en el golpe de Estado de Franco y estaría presente en su primer Gobierno como ministro de Instrucción Pública: «Me siento investido –acaso hay algo de mística obsesión– del sagrado deber de, en nombre del pueblo, acusar, enjuiciar y que se ajusticie, es decir, que se haga justicia, que se condene al que merezca condena y se absuelva al que lo merezca. ¿Que se ejecute? Eso ya es otro cantar. No me siento con alma de verdugo, ni soy de los que confunden el poder ejecutivo con el ejecutivo. Basta la condena».

Esa referencia al sagrado deber parece preludio a su autocalificación de sumo sacerdote en el vergonzoso acto del 12 de octubre de 1936 en la Universidad de Salamanca, ante un Millán-Astray convertido en patético matón. Nada más caer Primo de Rivera, Unamuno cruzó la frontera y regresó a España. El 14 de abril de 1931, en el balcón del Ayuntamiento de Salamanca, en su hermosa Plaza Mayor, proclamó la República. Se sentía entonces uno de los triunfadores en su lucha contra un rey que dejaba el trono. El autor de 'En torno al casticismo' no sabía que, tras el entusiasmo inicial, le esperaban años muy duros, aparatosas contradicciones y un final muy amargo que no se merecían España ni él.

De su puño y letra

La correspondencia aborda asuntos políticos de gran calado en ese momento, con la dictadura como fondo habitual

La correspondencia de Unamuno demuestra su enorme interés por lo que estaba pasando en España. Vivía lejos de los centros de poder pero era un observador atento, casi inquisitorial, de la realidad. Y no ahoraba calificativos a la hora de analizarla. Valgan algunos ejemplos.

Carta a Santiago Alba
Hendaya, 15 de diciembre de 1925

Un régimen tiránico

Recibí su carta, mi querido amigo, y no le contesté al punto porque quería haberle dicho algo de más nuevo, mas el tiempo corre y se prolonga la agonía del régimen tiránico. Estoy aquí solo y no pienso moverme por

ahora. Trabajo mucho; he reanudado mis colaboraciones en América y esto me resulta más distraído que París aunque sólo sea por las tonterías de la policía española que me vigila y de la que me burlo. Me he dado cuenta de cuánto les molestaba mi estancia aquí.

Carta a Gregorio Balparda
Hendaya, febrero de 1926

Disgregar a España

Figúrese que para ganar a una encofetada prójima y parturienta a quien perseguía le escribió (el Rey) que se le cediese siquiera por patriotismo, pues tan distraído le traía que desatendía a los negocios públicos quedando así España viuda.

Yo dije alguna vez que lo peor sería que los pretorianos echaran al Rey y estableciesen una República juntera. Pero esta no duraría nada ni nos haría hacer llamarle a él de nuevo. Cuando dije eso aún creía que el Rey había sido arrojado por los pretorianos, mas hoy se me ha descubierto esa nueva doblez

suya, hoy sé que fue él el autor del golpe de Estado. Y sé que carece de todo sentido de justicia y por lo tanto de inteligencia. Hay el peligro del separatismo. Es el Rey el que disgrega a España, el que la separa del mundo civilizado (...) Esta armonía e inteligencia y la de los pueblos de lenguas ibéricas, en España y América, no puede hacerse ya sino bajo regímenes liberales, esto es republicanos y en el sentido político internacional socialistas.

Carta a Pedro Sáinz Rodríguez
Hendaya, 5 de noviembre de 1928

La estúpida censura

Me temo que la vena novelística se me va agotando a beneficio de la poética y dramática, pero ¿quién sabe? Por de pronto no podré enviarles nada en ese género hasta que las cosas de nuestra pobre España se aclaren y clarifiquen y vuelva a reinar en ella la justicia –a reinar, a presidir mejor– que es para mí, como usted sabe, la libertad de la verdad y el derecho a fiscalizar y acusar, exponiéndose ¡claro! a lo que ello trae consigo si se acusa sin pruebas.

Pocos meses después de haber sido deportado renuncié a escribir en la prensa española ni aun artículos puramente literarios, porque me hirió en lo más hondo la maligna estupidez de la censura.

Me quedaba, es claro, el escribir en publicaciones o libros no sometidos a censura, pero vi que a un amigo mío, profesor de la Normal de Orense, se le procesó –¡se le procesó!– por haber recomendado en clase a sus alumnos de pedagogía la lectura de mis Recuerdos de niñez y de mocedad, y he visto que por tres veces ya se ha impedido manibrando a trasmano, el estreno de tres dramas míos. En tales condiciones, ni quiero ni debo publicar ahí nada inédito por inocente que ello sea. No volveré a dejar publicar sino cuando se hayan restablecido todas las garantías constitucionales –de reunión, emisión libre de pensamiento de palabra o por escrito– y sin censura previa.

humanamente me quedan de vivo».

Los meses pasan y se acrecienta su amargura porque nada cambia en España. La dictadura se ha asentado, incluso parece inicialmente avalada por ciertos logros económicos, para desesperación de Unamuno. Se ve con claridad en una muy larga epístola en febrero de 1926 a Gregorio Balparda, que había sido alcalde de Bilbao dos décadas antes y era uno de los promo-

«Me siento investido del sagrado deber de acusar, enjuiciar y que se ajusticie, es decir, que se haga justicia»

tores de la Liga Monárquica. En su carta a Balparda, que sería asesinado en el buque-prisión 'Cabo Quilates', en los primeros meses de la Guerra Civil, Unamuno no ahorra críticas al monarca: «En España no es posible ser liberal, civil y monárquico», dice a modo de principio filosófico y en respuesta al planteamiento de su corresponsal, partidario de salvar al Rey.

De éste, escribe que «miente hasta cuando dice la verdad, porque es que no la cree. No, con el Rey no hay nada que hacer sino echarle. A quien hay que salvar es a la patria y para ello arrojar, despidir al Rey que no la tiene, que desprecia a España y se burla de ella y la toma por alcahueta». Su diagnóstico de los males de España en ese período autoritario que desembocó de forma inevitable en la República no puede ser más duro: «El problema

